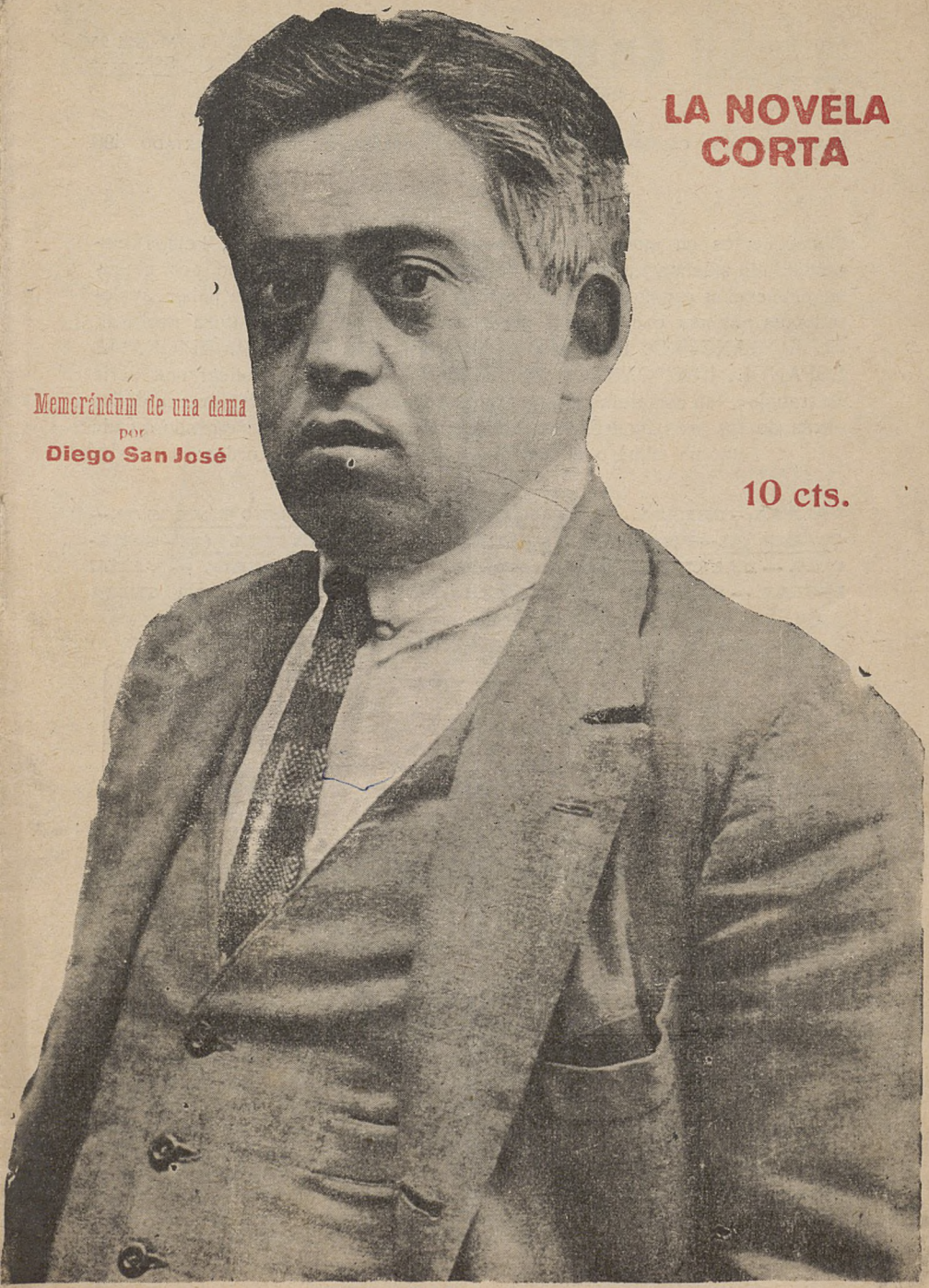
LA NOVELA CORTA



Memorándum de una dama

por

Diego San José

10 cts.

Año V
N.º 249

LA NOVELA CORTA

Madrid 25
Sep.. 1920

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3.—MADRID.—TELÉFONO J-624.—APARTADO 498

Consecuentes en nuestro apostolado de divulgación literaria, hemos emprendido la más magna empresa cultural, jamás llevada a cabo por ninguna publicación española. LA NOVELA CORTA, después de haber avalorado sus páginas con las más preciadas joyas de la literatura nacional, EL ROMANCERO, EL REFRANERO, EL QUIJOTE, EL EPIGRAMA ESPAÑOL, LOS CANTOS POPULARES, va hoy a publicar una serie de trabajos, tan completos e interesantes como una Antología, acerca de las obras de los más ilustres escritores contemporáneos, consagrando a cada uno un número extraordinario al mes, en este orden:

VALERA.--PEREDA.---ALARCON (3).--GALDOS.---PALACIO VALDES (1).---CLARIN (4).---PARDO BAZAN.---PICON.---BLASCO IBAÑEZ. (2).---ZAMACOIS.---UNAMUNO.---DICENTA.---PIO BAROJA.---AZORIN.---VALLE INCLAN.---RICARDO LEON.---MARTINEZ SIERRA.---FELIPE TRIGO

CLARIN

famoso autor de la popularísimas obras

La Regenta.—Pipá.—Solos de Clarín.—El Señor y lo demás, son cuentos.—Cuentos morales, etc.

Este Número Extraordinario aparecerá el día 2 de Octubre.

30 cts.

(1) Publicado el 10 Julio.-(2) Id. el 5 Agosto.-(3) Id. el 4 Septiembre.-Id. el 2 Octubre.

Memorándum de una dama

POR

DIEGO SAN JOSE

PRÓLOGO

Casi sin revolver papeles de antaño como ordinariamente tengo por costumbre llevado de mi devoción por todo lo pretérito, ha llegado a mis manos el manuscrito que trasladoa continuación.

Esta vez no buscaba cosa que tuviese su origen en los siglos muertos, sino todo lo contrario; en la heterogénea biblioteca de una damita modernísima andaba a la caza de una revista ultruista, de esas que causan la desesperación de Pérez Zúñiga y de Parellada, y el regocijo de quienes ven estas cosas

según el color
del cristal con que se mira.

cuando toparon mis manos con legajillo amarillento atado con una cinta descolorida.

El viejo envoltorio desarmonizaba notablemente con las revistas de modas y *sport*, con las últimas obras feministas y alguna que otra novela blanca recomendada en el Santo Tribunal de la Penitencia.

Leí el rotulillo que cerraba el legajo y vi que en una letra española clarísima ya tomados sus gallardos trazos del color del tiempo decía *Papeles de la abuela Luisa.*

Daba vueltas entre mis manos al curioso hallazgo cuando me sorprendió la damita modernísima.

—¿Le interesa?—me preguntó, y sin esperar mi respuesta prosiguió—Los hallé el otro día casualmente en una sombrerera vieja en la que había una pamela de mi abuelita. Los traje aquí, para regalárselos a las monjitas del Sagrado Corazón donde voy todos los sábados con mamá.

—¿Pues qué?—pregunté,—¿sus reverencias son dadas a las investigaciones literarias? ¿Sin duda tienen alguna culta revista donde sacan a la curiosidad devota tesoros históricos?

—No, tonto,—respondióme haciendo un mohín de graciosísimo desprecio por aquello que comenzaba a despertar mi admiración. —Las madrecitas hacen unos bizcochos riquísimos y como según las mas autorizadas leyes de las artes pasteleras, el papel viejo es el mejor para poner la masa en el horno, me he acordado de ellas y les pienso enviar ese rollo.

—Pero, ¿va usted a llevar a cabo esa herejía?—exclamé lleno de asombro.

—¿Pues eso para qué vale? Créame que si la bondad de los bizcochos consiste en la antigüedad y fortaleza del papel sobre el que se coloca la masa, los que se pongan sobre esos pliegos han de salir riquísimos, porque tienen más de doscientos años.

Viendo mi amiguita el tesón con que defendía aquel mamotreto tan cruelmente condenado al fuego por sus manos blancas, dijo:

—¡Bah! ya salió a flor de piel su alma de anticuario; lléveselos si gusta, que no quiero darle una pesadumbre, de esta manera puede que no tarde en enterarme de su contenido, porque usted no dejará pasar mucho tiempo sin sacarles a la vergüenza pública, en las columnas de algún periódico o en las hojas de algún librillo. Tómelas y que le hagan buen provecho.

Yo que me ví con aquel tesoro a mi disposición, en mi chifladura y extraña simpatía por las cosas pasadas, yo tenía aquel hacecillo de papeles manuscritos, por un tesoro, no quise esperarme un instante más y dando las gracias a la bella donante, tomé escaleras abajo con la velocidad de uno que se vé perseguido de cerca y no paré hasta dar en la apacible soledad de mi estudio.

Libré el papilorio de su cárcel de balduque añejo, y como río contenido por

tiranas compuertas desparramóse aquel preciado caudal de cartas, billetes y un respetable protocolo escrito en fuerte papel de barba con aquellos mismos gallardísimos caracteres que aparecían trazados en la plica que hacía los opresores oficios de candado.

Y aquí lector amigo te presento tal y conforme los hallé los barbados pliegos.

Como verás son parte del diario de una dama española, que estuvo en Francia al servicio de doña Luisa de Orleans, cuando esta señora, por caprichos de su destino y tiranías de la razón de Estado, vino a ser reina de España matrimoniando con la desdichada y calamitosa majestad de don Carlos II de Austria.

Ello, como verás, aunque un tanto deslabazado, parece ser un fidelísimo retrato de aquella época y de las costumbres de entonces.

Plegue a tu buen natural y cortesanía que no te parezca mal del todo y aun te llegues a recrear con ello, que entonces quedaré autorizado para darte lo que resta del tal memorándum.

MEMORANDUM DE UNA DAMA

Viaje de una dama al servicio de Doña María Luisa de Orleans, cuando ésta vino a matrimoniar con el Señor Rey Don Carlos II de Austria.

PUBLÍCALE **DIEGO SAN JOSÉ**

I

DESDE LA FRONTERA FRANCESA A MADRID

Con la alegría que me embargaba el ánima, por tornar al cabo de los años a mi Patria, donde ya era extranjera, pues que salí de ella muy niña, todo me parecía bien, a pesar de la ruda mudanza en el vivir que supone el trasladarse desde la corte deleitosa de Versalles a la austera del Buen Retiro. Mi señora la princesa de Orleans, que por conveniencia de estado, antes que por ley de amor, venía a reinar en España, estaba tan melancólica e imbuída en sus pensamientos, que nos dejaba a las damas de su séquito enteramente a nuestro albedrío, y así como pisamos tierra española, hiciéronse cargo de su alteza real las damas y azafatas que la enviaba su prometido, y que ya desde aquel punto y hora habrían de estar a su servicio.

Yo, por ser española, alcancé la merced de pasar de la servidumbre antigua a la nueva.

Cuando llegamos a Burgos ensanchóseme del todo el corazón; aquello era más España: era Castilla.

De que saliéramos de Irún, el 3 de noviembre de 1679, donde fué recibida su alteza por el marqués de Astorga, todo fueron fiestas y regocijos hasta dar en Madrid; pero era muy de otra suerte que los acostumbrados en Francia, porque en estos de por acá tenía siempre primera y más importante participación la Iglesia. En Quintanapalla, humilde aldea burgalesa, alcanzamos al regio novio, que no pudiendo dominar la impaciencia por conocer a su prometida, se adelantó a recibirla.

Sólo el patriarca de las Indias, y estrictamente las personas necesarias para asistirle, le acompañaban.

No hay para qué hacer aquí mención del agasajo que hiciéronse entrambos prometidos y contento que recibieron en conocerse; quede sólo asentado que en aquel mismo día ratificáronse las bodas, que comieron juntos los regios consortes, y por la tarde partieron en la carroza de la novia.

Breve bosquejo del retrato de Su Majestad Católica Don Carlos II de Austria.

En todos los días de mi vida vi tan desdichada estampa del rey de España.

Más tenía en aquel preciso momento de su presentación, de sombra humana, y cuando mucho de aspirante a cadáver que de hombre con ansias para matrimoniar. Ninguno de cuantos le veíamos, y aun entiendo que ni la misma que te-

nía que encadenarse a él, pensaban que allí había humanidad para salir con bien de la embestida de la primera noche.

Contaba el regio consorte dieciocho años, y por su desdichado aspecto apenas si representaba quince. Los ojos teníales grandes y tristes; eran de un azul claro, y parecían el reflejo de un alma niña y triste; la color era tan pálida que rayaba en amarilla, y sin ser desgraciado su rostro dábale muy mala pinta el labio inferior, tan desmesuradamente caído, que parecía repostero de la boca.

La melena blonda era tan pobre de raiz que le caía desmayadamente enredor de la enorme cabeza, sin que valieran a darle gracia todas las artes peluqueriles con los tormentos de hierros y rigadores, porque el mucho sudar, manado de la extrema debilidad del cerebro, poníasele tan raso que se le pegaba al rostro.

El cuerpo no era desproporcionado, y sin duda puesto sobre otro armazón espiritual, hubiese parecido esbelto; pero era tan desgarbado, tan flojo, y movíase con unos ademanes tan torpes que más parecía maniquí.

Quiso saludar a su futura con la galantería de una sonrisa, y la mueca que aderezó para florecer su fineza fué tan poco placentera, que más parecía recibir disgusto que agrado. Así y todo, parecióme advertir que sus ojos mortecinos, encandilábanse ante la espléndida hermosura y lozana juventud de mi señora.

Según la moda francesa, el escote de la novia era tan exagerado que casi salíanse fuera del corpiño los ebúrneos globos de su seno La mirada de su majestad brilló como la de gato, y el belfo se descolgó, de suerte que mucho temí que haciendo a su dueño ofrenda de galantería femenina, bajase a besarle los pies.

Jamás, ni en los libros prohibidos que con tanto escándalo como regocijo corren en Francia, vi tan desdichada y caricaturesca estampa de la lujuria impotente. También mis compañeras de servidumbre advirtieron esta circunstancia, y en todas ellas dibujóse una maliciosa sonrisa, que cuidaran mucho de sostener por mucho tiempo para no faltar a la etiqueta protocolaria ni al respeto del señor de mundo y medio.

¡Infeliz majestad!

El egoismo de una beata lasciva que ponía las comezones de su cuerpo y las conveniencias políticas ante los deberes de madre, y el fanatismo y ansia de medro de un jesuita taimado y de índole perversa habían formado a su capricho y conveniencia aquel espíritu apocado y aquel cuerpo enfermizo.

¡Dios se lo perdone si es que a tanto quiere hacer llegar su misericordia!

Tal es el esbozo que por ahora dejo trazado de la desdichada persona del señor rey don Carlos II de Austria.

Quien más desee y no le conozca en persona, pues apenas se le ve en público como no sea presidiendo alguna fiesta religiosa, tales como procesiones, autos de fe o acompañando al santo viático en las afueras de la villa, contemple el maravilloso traslado que de su real persona han hecho los maravillosos pinceles de Carreño, Miranda y Coello...

Una avería en el coche.

En Burgos determinóse. que, para no estorbarse en la jornada por el mal estado de los caminos, dividiéranse las comitivas de Sus Majestades, yendo la de la Reina por Valladolid y la del Rey por Aranda de Duero.

Si celebrada fué la estancia de los Soberanos en la hidalga ciudad de Burgos, no fué menos entusiasta la despedida que los hidalgos burgaleses les hicieron, y aun parecía que habían de seguir hasta Madrid, según el buen trecho que fueron detrás de los coches.

Al pasar un puentecillo sobre el Arlanza, que iba tan hinchado y bravío que con muchas ínfulas remedaba las grandezas del Duero, quebróse como un junco la zaga del coche en que yo iba con otras dos damas y un caballero español, llamado don Fernando de Pimentel. No por este percance detúvose el resto de la caravana.

Viendo que el accidente no era de cuidado, siguió adelante, y como todos los demás coches iban ya harto apretados, que en ninguno de ellos cabía un puesto más, fué forzoso quedarnos en Burgos hasta que se repusiera el percance.

La misma gente que nos acompañaba a despedirnos trajo en seguida unas ca-

ballerías, y puestas las damas en unos pacientes asnos y Pimentel en un caballejo, tomamos la vuelta a la ciudad.

No fué plato de mucho gusto esta vuelta para las otras damas, que estaban hartas y maldecían del tal asiento en las posadas españolas, donde todo es pésimo y de mala guisa, así las comidas como el hospedaje, la incivilidad de las gentes y la codicia extremada de los huéspedes.

Tornamos, pues, a la posada de donde salimos pocas horas antes, y no fué tornar a las ollas de Egipto, sino a una de sus siete plagas, pues ya no se creían en el deber de tratarnos como a personajes de la córte...

II

COMO SE VIVE EN UNA POSADA DE CASTILLA

Las damas francesas se desesperan de las posadas, y aunque por mi espíritu inquieto a mí me divierten estas mudanzas de lo suntuoso a lo mezquino, justo es darles la razón, porque la tienen que les sobra.

Aunque en esta que asentamos no es de las peores, trataré de describirla, y con ella quedan descritas y apuntadas todas las de su misma condición.

Es privilegio de los mesones, ventas, posadas y paradores, cuando se llega a ellos mohino por las crueldades del frío, no hallar lumbre prevenida para calentare, ni una sopa hirviente con qué aliviar el estómago; si es verano y el sol es un remedo de los hornillos del infierno, no se hallará una estancia fresca, ni un puñadillo de nieve con que refrescar el agua.

Suele ser la primera pieza de la casa un zaguán lóbrego mal empedrado, lleno de arrieros; al fondo hay un patinillo que no llega a ser consuelo del zaguán; porque está lleno de carros, enjalmas y jamugas de las bestias. Nadie se hará a un lado para dejaros pasar, y todos, como si fuesen seres poco acostumbrados a ver gentes, os mirarán con hostil curiosidad.

En una parte de este patio está la cuadra y es forzoso pasarla para subir al piso por una escalera pina y desvencijada.

Al cabo de esta penosa ascensión llégase al aposento, el cual es demasiado amplio para una sola persona y frío como una nevera. Las paredes están adornadas por imágenes devotas primitivamente pintadas.

Es privilegio de las posadas que las camas estén puestas sobre unos banquillos, sosteniendo, para comodidad y descanso del cuerpo, un duro jergón de paja de maiz, las sábanas son del tamaño de las servilletas, las servilletas, en cambio, pueden pasar muy bien por lenzuelos de la nariz. Y aun tenemos que agradecer que esta posada es de las principales de Burgos, que en las otras no hay más servilletas que las que de ordinario usan arrieros y trajinantes, que es el revés de la mano.

Es privilegio de las posadas que el que desee desentumecer sus miembros al amor de la lumbre haya de hacerlo en el hogar, pues por todo el oro de la tierra no podrá conseguir que le entren un mal braserillo en el aposento. Pero también este deseo suele quedar fallido, pues de antemano tienen los arrieros tomados los puestos, y no los dejarán si viesen entrar en la cocina a la misma Soberana.

Sin embargo, no suele faltar alguno que se pica de galán y ofrece la mitad de la tajuela que ocupa.

Yo no he tenido inconveniente en aceptarle, y salí contenta de ello, porque son gente de buen humor y nunca falta quien sepa tañer una guitarra ni quien acierte a seguirle con algunas coplas, ni una buena pareja que prosiga el ritmo con la maestría del baile.

Cuando esto no, como también son gentes de vena, refieren cuentos donosos, consejas medrosas o aventuras extraordinarias, y a buen seguro que si todo ello hubiese una pluma diestra que lo supiese recoger, podrían formarse muy notables páginas literarias.

Llegada la hora de la cena, toda aquella gente come en una misma mesa y en un mismo plato, y extrañándonos de ello, nos han dicho que aun esto es un lujo, pues en las posadas de barato aun no hay más que una cuchara y un vaso único para todos los huéspedes; tenedores, no tienen noticia de ellos.

A nosotras por diligencia y galantería de don Fernando de Pimentel, no nos

obligaron a hacer mesa redonda, sino que nos han servido en una sala limpia y clara. Por cierto que habíamos puesto los manteles en el suelo, y cuando preguntamos a la huéspeda que por qué hacía aquello, se hizo mil cruces, diciendo que ¿qué tenía de ser, si no tratarnos como a mujeres? que así comen las de España, pues la mesa alta y las sillas solo usábanse para los hombres.

Reímonos de esta costumbre mora, que sólo debe existir en los pueblos lejanos de la corte, pues en Madrid hasta ahora no he tenido ocasión de verlo, y mandóla el señor don Fernando que nos pusiera una mesa.

Mas el buscar sillas no era cosa de poco, que no habiendo tantas como éramos en toda la posada, fué menester salir a buscarlas fuera.

Al cabo pudimos cenar, aunque no bien, pues todo estaba asaz cargado de especias, y apenas dieron las nueve fué preciso acostarnos, porque en toda la casa no quedaba un alma en pie...

Pimentel fuese diciendo que al otro día, al comenzar la tarde, podríamos continuar el viaje a Madrid.

Al despedirse de mí, con más efusión que de mis camaradas, me dijo que, por española y por bella, quería hacerme una fineza aquella noche.

Preguntéle que en qué habría de consistir, pues, en verdad, que no desagradabáseme su merced, y me dijo que me retirara tranquila que ya tendría ocasión de saberlo, sino es que el sueño era tan enamorado mío, que no me dejaba hasta que el sol venía a matarle; y diciendo: ¡Quién fuera sol!, besóme la diestra y se despidió hasta luego...

En esto de decir finezas a las damas de su amor o de su gusto son notables maestros los españoles, y en poco o nada ceden a mis compatriotas adoptivos los franceses que tienen fama de ello. A mí no sé si será porque ahora me hallo en la tierra que nací se me sube a la cabeza el vaho de la sangre pero es lo cierto que los homenajes más lindos que ha recibido mi belleza, fué de labios españoles.

La galantería francesa es más ingeniosa, más académica. En Francia parece que las galanterías se dicen pensando en que puedan pasar algún día, (sino ya en el momento de ser dichas), a formar parte de algún florilegio; dijérase que son privilegio de los poetas y de los abates, mientras que en España, son más expontáneas, nacen del corazón, no del cerebro, las llaman flores, y suele darse el caso de que los patanes, y la gente del pueblo aciertan a aderezar las más bellas. Un estudiantillo destos vergonzantes, que llaman sopistas, topome ayer en el patio de la posada, y sin curar más que de mi buen garbo, me dijo a par de la oreja cuando yo sin repararle apenas pasaba a su lado:

—Vaya un angelito para una hornacina que tengo yo en mi alcoba. Si yo fuera San Pedro, no entraba su merced en el cielo, se quedaba en la portería...

Este *píropo*, (que también se llaman desta suerte las finezas galantes) me gustó más que cuantos hasta ahora me han dicho en la corte de Versalles; valgan por testigos de mayor excepción, Lafontaine, Scarrón, Corneil y Moliére.

Todavía me duraba el buen sabor del estudiante cuando pasando ante mí una buena moza que servía en el mesón le oí canturrear a un arriero que me dijeron era de la Almunia:

«No te me espantes cachorra «que como yo soy del campo
«si algún pellizco te pego «tomo la sal con los dedos.

Dióle un respingo la moza por vía de agradecimiento, él hizo un sonido gutural por vía de estrambote que recordaba el graznido de la rana y yo no pude por menos de gritar para mis adentros y de mejor gana hubiese gritado a toda voz: ¡Viva mi tierra!

Aún no había dado lugar a que me ensabanase, pues, según mi costumbre, me quedé haciendo balance del día, cuando en la calle a que daba la ventana de mi aposento sentí ruido de guitarras y voces de hombres.

Un poco quedéme suspensa, pensando que eran mozos que iban a rondar, como yo tenía oido que es gentil costumbre en España. Sin duda sería la fiesta para alguna de las mozas de la posada, y, al punto se me acordó de que había una llamada Inés, que, más limpia y mejor compuesta, pudiera pasar por una belleza.

Así como los rondadores templaron sus vihuelas y guitarrilos, rompieron

todos en una muy agradable música y en seguida una voz fresca y clara cantó estas coplas, que según iban cayendo de sus labios íbanseme quedando impresas en las sutiles celdillas de mi buena memoria:

Yo no sé qué tienen, niña,
las rejas de tu ventana,
que van los mozos de ronda
y de tu reja no pasan.

—

Con las flores de tu reja
un ramillete hacer quiero,
que llevaré, mientras viva,
prendido sobre mi pecho.

—

Estoy cansado del siglo
y he prestado juramento
de profesar, de cartujo,
dentro de tus ojos negros.

Mía fé que las flores rimadas podían formar ramillete con aquellas otras que oí y me dijeron en el patio.

En esto pasó la música y, mudando de tono, sólo se oyeron los acordes de una vihuela, tan diestramente tañida, que más parecía un arpa, y otra voz, que al primer verso reconocí ser la de don Fernando de Pimentel, cantó este soneto:

El sueño, que es tirano de la vida,
rudamente os combate y os adora,
con una fuerza tan dominadora,
que quizás a este tiempo estéis dor-
[mida.
Aunque vos os mostréis muy condolida,
nada podréis con él, pues que a igual
[hora
cada noche os sorprende, mi señora
y siempre os ha de hallar desprevenida
Bien se me alcanza a mí por qué el ti-
dispara contra vos tantos enojos [rano
y vendrá algunas veces más temprano
a mirar y cerrar ojos tan bellos:
por placer de besaros en los ojos
y quedarse después prendido de ellos.

Tal era la fineza prometida por don Fernando, que me agradó por extremo, haciéndose tanta mella, que si hubiera tenido espejo en que mirarme, hallárame más encendida que la mesma grana.

III

DE LO DEMÁS QUE SUCEDIÓ EN EL SIGUIENTE DÍA Y DONDE COMIENZA A QUERER SER MARTELO LA GALANTERÍA DE DON FERNANDO.

Con tan grato sabor en el alma y tan dulce eco en los sentidos metime en la cama. Poco hube de dormir, porque en cuanto quiso ser de dia el canto pertinaz de los gallos y las voces y preparativos de los arrieros que comenzaban a prevenirse su marcha quitaban todo sosiego

Así y todo, tampoco parecióme tan mal como a las otras esta incomodidad, que no hacían más que decir que esto no habría de consentirse entre personas.

Bien se conocía que las más habían pasado ya el verano de su vida, y las que no, pues las habialas muy bigardas que no entendían el castellano, pues si no pusieran los cinco sentidos y buscando alguno más que siempre tenemos de reserva las señoras mujeres quedaran satisfechas y aun darían de barato la simiente de sus gracias en esperanzas de tan bellas cosechas.

Pregunté a mi doncella, que dormía en el mismo aposento, que hora era la que sentíase sonar en la catedral, y díjome que las cinco. A este tiempo todas las campanas y esquiloncillos de las iglesias cercanas comenzaron a tocar a primera misa.

Como estaba enteramente desvelada, quise asistir a la devoción, pero ella me lo quitó de la voluntad, diciéndome que llovía a mares y hacía un tiempo muy incivil. Abrí un poco el postiguillo de la ventana y ví como era cierto; conque tornándome del otro lado, al cabo de un poco, me quede dormida y ya no desperté hasta más de las nueve de la mañana.

Poco antes de mediodía, que ya estábamos todas para sentarnos a la mesa, apareció don Fernando. Vino a mí primero que a otra alguna, y muy rendido me preguntó si le guardaba rencor por haberme robado aquellos momentos de sueño. No hablarle con la boca sino con los ojos fué harta respuesta.

Como hablábamos en español el breve coloquio no trancendió a mis compañeras. Dijonos luego a todas que el coche ya estaba compuesto y que si no parecíanos mal, luego de comer, podríamos reanudar la marcha.

La lluvía había cesado, pero el frio persistía.

Era preciso continuar el viaje, haciendo jornadas dobles si podía ser, para alcanzar a Sus Majestades antes de entrar en Madrid. Estas sin duda caminaban a buen andar y un poco desazonadas, pues como el otro que dijo, iban a cosa hecha. Comimos, pues, de prisa, y apenas lo hicimos entróse cada una en su aposento a disponerse para la partida; yo envié a mi doncella, y, mientras, quedéme gustando la deleitosa parleta de Pimentel... Cuando avisaron que el coche esperaba, ya la galantería de su merced estuvo florecida en martelo y trasplantada al huerto de mi corazón.

Desque viérale en Irún, y él me viera, recelaba yo que nuestras miradas tiraban a este retlejillo, aunque no tan de presto como fué servido Cupido de ordenarle. Nunca sabe uno donde le aguarda la dicha ni le espera el dolor, y así cuando menos se piensa y donde menos se espera se presenta uno de entrambos. Muy notable despedida hiciéronnos los posaderos, y querían bacernos algunos presentes, que por ser tan sólidos, como gallinas, algo de la matanza de aquel año y banastillas de frutas curadas, no les admitimos por no haber lugar donde colocarlos en el coche, que ya iban las arquillas arto repletas con las vituallas que habíamos menester para el camino.

Si hubiera de durar el viaje medio año no hubiéramos aprovisionado con tanta abundancia.

Obra sería de las tres cuando salimos de Burgos, y no habríamos andado dos leguas cuando se comenzó a encapotarse el horizonte, y a conglomerarse apretadas nubes, y de allí a poco, como si abriéranse las cataratas del cielo, dió en llover de tan fuerte manera, que malos años para el diluvio universal.

En menos de nada empapose la tierra y comenzó a crecer el río. llevándose puentes y balsas, que no había forma de atravesarle por parte alguna; de manera que fuenos preciso, si no queríamos perecer, retornar a Burgos esperando mejor tiempo. Dos retornos en tan poco espacio ya era demasiada incomodidad, más que para mí que en todo encontraba gusto como tuviese cerca a mi don Fernando, para mis compañeras.

Tres horas después de haber salido de la urbe burgalesa volvíamos a entrar en ella, llevando el agua hasta los ejes del coche, que no parecía tal como era, sino balsa rodada o carroza de Neptuno.

Fué preciso mudarnos de ropa. Al pedir los aposentos que habíamos ocupado antes, dijonos la posadera cómo ello no era posible, pues no contando ya con nosotros, habíalos alquilado a unos mercaderes que venían de Santillana; pero, a cambio de las dichas habitaciones, tenía una amplia sala dispuesta con catorce camas, que la ocupáramos.

Yo le dije que no habiamos menester sino de cinco lechos, y así, que acomodase otra estancia menos espaciosa, pues en aquella forzosamente habríamos de helarnos; pero respondió que no había más de aquella y así fué forzoso admitirla.

Mudámonos, en fin, y cobijámonos, todos, al amor de la lumbre en la cocina.

Hasta luego de la cena. acompañonos don Fernando, y toda ella fué friste, porque no veíamos claro cuando Dios sería servido de permitirnos abandonar aquella tierra.

Fuímonos, pues, al cobijo de las mantas.

Sólo el pasar de la cocina a la inmensa alcoba, que con las camas puestas en dos filas, a lo largo della, remedaba con mucha justeza la sala de un hospital, era como entrar en el pasadizo de una cueva húmeda y fría.

No bien nos habíamos metido entre las sábanas cuando llamaron quedamente a la puerta. Pregunté quién era y respondió la hué-peda. Mandé a mi doncella que se levantase a abrir, y no poca fué nuestra sorpresa e indignación cuando vimos irrumpir la estancia a los dueños de la posada y, tras de ellos, seis u ocho arrieros.

—Señoras, no se incomoden vuesas mercedes y continuen darmiendo—dijo la señora ama—, pues estas buenas gentes son caminantes que han de ocupar las camas que sobran.

Yo era, como tengo dicho, la única que hablaba español y protesté por mí y por las demás; pero de poco valiame la protesta, que como nos miraban mujeres solas, los bellacos íbanse entrando con grande algazara.

Las otras chillaban y cubrianse con los cobertores.

El posadero terció como hombre de paz.

—Para todo hay arreglo, señoras mías, si no es para la muerte; digo que este pleito queda sobreseído, y aun a favor de vuesas mercedes con que paguen las camas vacías, y así estos hombres no tendrán derecho a que)arse y se acomodaran donde buenamente puedan, que ellos son de condición blanda, y en doude les digan descabezarán un sueño, que no han de menester de lujos ni demasiadas blanduras para darles un poco de paz y sosiego a sus molidos cuerpos.

Consentimos en ello, que a esto era a donde iban los tiros de aquellos bellacos. Mi primera intención fué hacer venir a don Fernando, que a una sola indicación mía hubiera hecho salir por la ventana a tamaña gentuza; pero me contuve por evitarle pesadumbre apenas si empezaba a gustar las mieles de mi cariño, y pagué yo de mi bolsillo aquel nuevo y original censo, con que huéspedes y convenidos fuéranse dejándonos en santa calma.

A la mañana siguiente supe que aquellos no eran tales caminantes, sino vecinos de la posada que prestaban tamaño servicio cada vez que los huéspedes necesitaban esquilmar a los forasteros.

De allí a dos días, que se serenó el tiempo, salimos de Burgos, y esta vez no nos acaeció nada digno de asentarse en folios...

IV

VISITA EN LERMA A LA CONDESA VIUDA DE LEMOS

Cruzamos altísimas montañas que llevan el nombre de Sierra de Cogollos. Mil veces creí que era llegada nuestra hora postrera al bordear aquellos horribles precipicios, en cuyo fondo veíase despeñar un furioso torrente, que al dar en tierra llana trocábase en caudaloso río.

Al entrar en un difícil paso, que luego llevaba un fertilísimo valle, el arriero que valíanos por guia se confió demasiado y cayó con su rucio por un talud con cuyo golpe no ocurrióle la muerte, como todos temimos, sino que se descalabró muy bien, y se le perniquebró el asno, que fué necesario rematarle de un tiro de arcabuz.

Poco antes de ser de noche llegamos a la ciudad de Lerma, que es famosa por haber sido feudo del célebre Cardenal, favorito de Felipe III, el monarca devoto y abúlico, que empezó a desmoronar la grandeza de España.

Mi don Fernando (que ya el corazón me ordena a llamarle de esta suerte) me dijo que, aunque la ciudad es pequeña, tiene cosas muy notables. El castillo es monumento muy insigne.

Si vale decir verdad, a mi no me pareció de tanta valía como la fama pregona. Está situado en una pendiente; le forman cuatro cuerpos y tiene dobles hileras de pórticos, que cierran el patio central y dan paso a los vestíbulos y a varias dependencias.

Las estancias son muy espaciosas y están suntuosamente adornadas; toda la pétrea fábrica parece estar impregnada de la grandeza del Ministro Cardenal.

Vecino al castillo hay un monasterio de esposas del Señor, que visité la misma tarde que llegamos.

Quedé maravillada de la belleza de las monjitas; a fe que pocos harenes tendrá Nuestro Señor tan bien surtidos como este;en cuanto a la calidad. Cierto que las benditísimas madres, más que a la devoción de Cristo incitan a la de Venus.

Sobre todas descollaba una que ya parecía estar en el ardiente verano de su vida, que sublevaba al hallar tanta belleza escondida.

Llamábanla sor Patrocinio de la Encarnación, era bizarra, morena con ojos negros, boca sensual, que más parecía puesta en su hermoso rostro para recibir besos que para cantar alabanzas a Supremo e invisible esposo.

El inmaculado hábito, con toda su pesadez no era bastante fuerte para vencer el pronunciado sensualismo de su seno.

Yo la miraba con notable curiosidad y pensaba que no era una profesa más sino una divina muestra que el Hacedor había querido encerrar entre aquellos muros para que en toda parte haya una muestra de las maravillas que sabe crear su mano.

Por ella hubo de decir sin duda un curilla desvergonzado que nos acompañaba:

—Por vida de, y que cosas que hace mi jefe... He aquí una de las causas por qué creo que Dios volverá a ser hombre.

Sin duda que si el descomulgado clérigo fuese capellán del monasterio hacía otra tan sonada como la que en los primeros años de este siglo hizo Fray Francisco García Calderón en el convento de San Plácido de Madrid.

Pesóme que don Fernando me acompañara al locutorio, porque no quitaba ojo del peregrino rostro de la tal sor Patrocinio.

Por quitarle de allí, dije que me holgaría mucho, si lo permitía la regla de la Orden, de conocer la clausura, y si hacían labores de aguja, verlas para comprar algunos encajes que me dejaran grato recuerdo de la visita. Respondióme la abadesa que las damas de calidad tenían desde luego entrada, sino en la clausura en el estrado y cuarto de las labores. demás que allí había una gran señora que no era menos que la condesa de Lemos, la cual se holgaría de verme en sabiendo que venia de Francia.

Forzoso fué que Pimentel quedárase esperando y con esto curóseme algo el mal de celosía...

***

En efecto, la condesa viuda de Lemos, que vivía retirada en aquella santa casa, apenas se enteró de que una dama francesa estaba allí rogóme, por una azafatilla, que hiciérale la merced de pasar a su aposento.

No era ciertamente una celda conventual, en donde por todas partes se reflejan la austeridad y la sencillez. A una parte, entre dos anchurosas ventanas. alzabase el estrado tapizado de rojo terciopelo. En un rincón veíase la cama cubierta por ricas colgaduras carmesí; en otra esquina había un riquísimo vargueño de ébano incrustado en nácar.

Era una venerable anciana de más de sesenta años. Su indumentaria, como el aderezo de la habitación, habíase quedado en las postrimerías del siglo XVI. Vestía un corpiño de raso negro abrochado con magníficos rubíes; el cuello era altísimo que apenas permitíale mover la cabeza, las mangas eran asimismo estrechas y remataban en grandes hombreras que más semejaban acericos.

Embutíase en un descomunal guardainfante, que más parecía una pollera.

Aquella mujer hubo de ser extraordinariamente hermosa en su lejana mocedad. Sus ojos brillaban aún con esos reflejos carnales de la mujer sugestiva y la piel de su rostro apenas plegábase por la injuria del tiempo. De no haberme dicho la abadesa su edad, no pensara yo que contara más años de los cuarenta.

Hízome sentar junto a ella en el estrado, y toda la tarde la pasamos charlando de la corte de Francia, donde ella estuvo cuando la infanta española hermana de Felipe IV fué a ser esposa de Luis XIII.

De todo pidiome noticia, y cada una que yo la daba respeto a la Reina, encendía en su pálido rostro un vivo carmín de emoción, que parecíale hacer retornar a los años pasados.

Preguntóme cosas de la nueva Reina de España, y respondila que el Rey había elegido entre otras candidatas a su real mano, a mi señora, subyugado por su espléndida hermosura.

—Plegue al Señor—replicó—que no se pase de la raya, como suele ser tan corriente en otras cortes de Europa; yo conocí a Catalina de Suecia cuando estuvo en Flandes. y no podeis figuraros... con los capítulos de su vida habría para escribir un tratado extenso de lascivia y desaprensión. Sus amores con el Príncipe de Condé y con nuestro Embajador en Estocolmo, don Antonio Pimentel.

En cuando cayó en mis oídos este apellido dióme un vuelco el corazón que me quedé mortal.

—Este señor—pregunté—¿es por acaso pariente de don Fernando, que es ahora gentilhombre del Rey?

—Tío suyo es, por cierto—respondió—¿Por acaso le conoceis?

—Un poco—le respondí—; viene en nuestra compañía.

Yo no sé si fué que me cortara un poco al decirlo o la gran práctica que del humano corazón tenía la condesa, el caso es que se sonrió maliciosamente, y dijo, recalcando las palabras:

—Yo os fio, amiga mia, que vuestro Pimentel no tiene nada que ver con el de la Reina de Suecia.

Más de dos horas duró la visita, y toda ella fué para mí como una crónica vivida de los dos reinados anteriores.

Las más interesantes figuras de las cortes de los Felipes pasaron ante mí evocadas por la amenísima charla de aquella mujer singular. Privados, ministros, ingenios, con la amistad de todos contó su merced.

El Conde Duque agasajola una noche de San Juan en los jardines del Buen Retiro; Lope de Vega dedicóle una loa; Villamediana la zahirió; Quevedo díjole muchas donosuras y tal cual picardía; Alarcón estuvo a punto de defenderla un pleito, y Vélez de Guevara le hizo perder otro... En fin, de cada figura insigne tenía un recuerdo: unos, prendidos simplemente en la memoria, y otros, hincados en el corazón...

Mientras duraba nuestra parleta, don Juan desesperábase en el locutorio.

Dos veces intenté alzarme del asiento por evitarle al que esperaba aquel purgatorio en vida; más no lo consintió la noble anciana, diciéndome:

—Esperad otro poco, hijita, a él presto le veréis; mientras que nosotras quizás sea esta la primera y última vez.

Y por otro buen espacio reanudamos la conversación.

Iba oscureciendo: una azafata trajo luces; al fin, entendí que ya su merced se fatigaba un poco; volví a levantarme, y esta vez no me detuvo la Condesa. Puso como galante disculpa para no hacerlo la de que el Amor me esperaba. Besámonos con mucha efusión y salí de la celda donde había permanecido tres horas, que, a pesar de estar esperándome don Fernando, pareciéronme tres minutos.

Cuando dí con don Ferrando, esperándome sentado y muy envuelto en su amplia capa gris, díjome entre picado y zumbón.

—Pensé que habiais jurado los votos de clausura y no os tornaria a ver en en el mundo.

Miréle y sonreile como sabemos las mujeres un poco peligrosas, y la sonrisa y la mirada, fueron calma benéfica que apaciguaron las olas de su enojo...

V

VALLADOLID, ANTIGUA CORTE DE CASTILLA.—UNA ENDEMONIADA Y UN MODELO VIVO DE CERVANTES

La antígua corte de España tiene bien poco de notable, y no acierto a comprender como ni por un solo momento púdola elegir como asiento de la monarquía Felipe II.

Quitad el Colegio de San Gregorio, la iglesia de San Benito.—Nuestra Señora de la Antigua, con algún que otro recuerdo histórico, como la casa en que vivió Cervantes, la en que feneció Colón, la plaza del Ochavo, en que acabó sus dias don Alvaro de Luna, y no tiene más que otra villa cualquiera. No menciono la catedral, aunque me han dicho ser obra del más insigne alarife, Juan de Herrera, porque no aumenta en nada el prestigio de su buen nombre.

Lo que más me ha placido de la vieja ciudad es la gente y el agua; la gente es serena y ruda, no parece sino que en el pecho tienen abierta una herida, a manera de relicario, por donde se le ve el corazón; el agua es clara y fria, es la sangre del Duero, que fertiliza los campos y sostiene aquellos cuerpos recios y enjutos que no se doblegan más que ante la esteva y sobre la mies dorada.

Dimos en una posada de la Platería, que es la mejor de cuantas anduvimos hasta entonces. En ella he tenido ocasión de ver una de las facetas más notables del espiritu español: una poseida de Satanás; yo no creo que era otra cosa que una infelice dañada del mal histérico.

La misma tarde que llegamos la ví en la cocina, apartada de la demás gente que reuníase junto al hogar.

Era una mujer joven, de facciones muy agradables que sin duda de ninguna suerte serían bellas en plena salud. Los ojos teniales grandes y negros, no parecian sino dos penas cuajadas, el cabello, que escapábasele a mechones de la estrecha cárcel de una redecilla, era tan negro como los ojos. Una intensisima pali-

dez, que acababa por tener reflejos de cera, velábale tristemente el bien concertado rostro.

Nadie hablaba con ella. Solamente los posaderos al pasar ante ella parecían miraría con lástima; alguna vieja haciale de vez en cuando la señal de la cruz, y una en que la advirtiera, comenzo la triste a dar unas voces que se hundía la casa. El ventero, que sin duda, conoció la causa de aquel desconcierto, tornóse a la dicha vieja que temiéndose la rociada comenzaba a hacerse la escabullida y la dijo:

—Colgada os vea yo en la plaza del Ochavo, mala pécora. ¿Qué tenéis que hacer sufrimiento la muchacha? Mirad que os tengo dicho que os pondré en la calle, sin que lágrimas ni súplicas muévanme a compasión... ¡Cuerpos de Dios con el trasgo que no la ha de dejar en paz una hora! Vos sola sois el demonio que la tienta.

Aplacó la ventera a la intranquila, y como advirtiera que a nosotras nos conmoviera aquello profundamente, dijo, llegándose a mí, que era la única que podía entenderla:

—No pasen susto vuesas mercedes, que no es cosa que lo valga. Esta pobreta, que es mi hija, tiénemela tomada el malo con tanta crueldad que no me la deja punto de sosiego; estamos haciendo diligencias para llevarla a Madrid, donde habrá buenos exorcizadores, que aquí no hay ninguno con sabiduría bastante para poderla reducir. Allá dicen que hay una riquísima cantera de desendemoniados en el monasterio de los reverendos padres de Atocha, donde dicen que va mucho Su Majestad.

***

Poco más serían de las doce cuando nos despertaron unas desaforadas voces, que venían del aposento de los huéspedes; pusímonos a escuchar y yo conocí bien presto que era la infelice endemoniada.

Entramos en la cámara posaderil y hallámonos a la pobreta toda patitendida y destapada, y al padre y al hermano que eran dos hombres recios y membrudos, procurando sostenerla, para que con las violentas contracciones e intensos espasmos no se dañase.

La madre, de puro azorada, no acertaba a hacer cosa y no hacía más de correr de un lado para otro

La pobreta poseida echaba espuma por la boca, y así como nos viera aparecer a las damas de Luisa de Orleans, comenzó a decir:

—Salid acá, esposas rameras de Cristo, que vivís en el pecado so capa de santidad ¿qué queréis, mi diablico juguetón, cornudo de mis entretelas? Idos allá con vuestro maridillo celestial y complaciente, que este es para mi sola, y en ninguna más que en mí tiene de hacer corvetas. Ved acá que cruz tengo, besadme en ella, y mojad como en la pila del agua bendita. Pero, no besaréis, ¡coimas!, no me llegaréis con vuestras babas, ¡tusonas! ¡Arre allá grandisimas daifas! Si quereis nonrarme, besadme la tornafaz, que no otra cosa. Dejadme sola con mi diablico enredador, que a puros goces me quita la vida.

Y retorcíase de tal suerte, que nunca mejor pudo tenerse a una hembra por poseida.

En esto llegó un clérigo revestido de sobrepelliz y estola, que ya había ido a traerle un muchacho, y sacando un librico y un hisopo comenzó a tirarle a la posesa asperges y latines, que era lo mismo que tirarle bernardinas.

—Con otro hisopo más blando y no con ese habriais de darme— decíale deshonesta la moza—; pero ¿qué habréis de dar vos, caponcillo, sino palabras, que no cuestan ni esfuerzos ni dineros?

Al cabo, el mismo paroxismo la rindió, aunque el cura decía ser por obra y gracia del auxilio divino, y cayó en un profundo desmayo que degeneró en piadoso letargo.

—Mañana se hará lo demás, acuéstenle ahora—dijo el clérigo y fuese seguido del monagüillo.

Y lo demás fué que en el siguiente día, a media mañana, cuando ya la moza estaba sosegada y fuera lo humano dejarla descansar, tornó el clérigo, y volviéndose a revestir, hízola tragar, ayudado por dos recios jayanes, cerca de un

azumbre de aceite crudo espolvoreado de incienso, con cuya extraña medicina administrada entre hisopazos y latines, puso a la triste muy cerca de acabar.

No era la misma de la tarde anterior, sino una verdadera piltrafa humana, que ni aun voz ni gesto tenía para protestar de tamaña atrocidad...

Luego de comer emprendimos la jornada.

Ví la Esgueva. río tan pobre y sucio, que no parece sino sombra del Manzanares. en sus largas épocas de penuria.

Pasamos por la Mantería, que es el arrabal de la gente terne, y senado de los pícaros, así como en Madrid es la plaza Mayor; en Segovia, el Azoguejo; en Toledo, las Ventillas; en Córdoba, el Potro; en Sevilla, Triana, y en Málaga, el Perchel.

Entrando en el Campo Grande, rodeó nuestro coche una verdadera nube de gitanos, que hubo que retirar a fuerza de dineros. Más de veinte eran entre mujeres, hombres y muchachos.

Entre ellas había una tan gentil, vistosa y de buena cara, que al punto representóseme como aquella inmortal Preciosilla, de Cervantes, que es perla maravillosa entre la gitanería.

Mi admiración no pudo menos de rendirla pleitesía y homenaje a su lindeza que con una doblilla castellana...

Un poco me pesó de que don Fernando elogiara la gentileza y la gracia de la moza; mas como no habíamos de asentar un momento más en Valladolid, presto se me pasó la pesadumbre.

El Pisuerga y el Esgueva tuvieron rubor de su poquedad, y porque no viésemos cuan desdichada era, comenzaron a formar una densa niebla que, sirviéndoles de cobertor, cubríalos como a novia primeriza.

El frío intensísimo traíanos sin gobierno de nuestras personas.

Todos veníamos en el coche tan callados, pues ni alientos nos quedaban para hablar, que no dijérase sino que veníamos difuntos. De nada aprovechaban las pieles en que veníamos envueltos ni las estufillas en que resguardábamos las manos.

Esta Castilla es tierra que en tocando al clima no tiene términos medios, o aprieta el calor con tal fuerza que dá liciones a los hornos del infierno o arrecia el frío en forma que deja tamañitas a las estepas siberianas.

Pues en cuanto a la igualdad de temperatura, sobre todo en Madrid, en un mismo día, hay ardores de agosto, y resabios de enero.

Al entrar en Cuéllar quedaron muertos de frío dos caballos de los escopeteros que nos daban escolta.

VI

UN ALTO EN SEGOVIA

Entramos en Segovia, la ciudad de las libertades.

Esta vez no tuvimos la desdicha de padecer posada de arrieros y trajinantes como hasta aquí nos aconteciera desque dejamos la comitiva de Su Majestad, por la crueldad de aquel tiempo y la poca salud del coche.

Don Fernando había en Segovia una prima carnal, doña Leonor de Ludeña, y sabiendo cuán bien seríamos recibidos por ella, y más como tuviese noticia de que éramos damas de la reina joven, mandó guiar el coche hacia su casa, la cual álzase en una bella plazoleta cercana a la Santa Catedral.

***

Doña Leonor de Ludeña era una dama que íbase entrando con mucha arrogancia por el otoño de la vida.

Desque pocos años antes quedara viuda de un rico prócer de los notables de la ciudad, que llevaba en sus venas sangre de Juan Bravo, vivía retirada en su palacio, sin salir más que los domingos, que iba a oir misa de once, en la catedral.

No quiere esto decir que por su apartamiento de las gentes hiciese vida monástica, ni sembrada de privaciones. Muy al contrario, rodeábase de comodidades y pasaba el tiempo entretenida entre la música y los libros.

Muchas veces a la hora del crepúsculo, en la quietud y serenidad de la plaza, oíanse las melodiosas notas de un órgano, y la poca gente que acertaba a pasar

bajo los balcones del palacio de Doña Leonor, que era quien tan dulcemente lanzaba al espacio aquellas melodias, quedábase escuchándolas un buen rato.

El difunto, que fue hombre de exquisito gusto, habíase preocupado tan bien de surtir su librería, que ella era un verdadero almacén del ingenio, donde poetas, doctores, filósofos y teólogos estaban en perpetuo congreso.

Aun parece que leyendo Doña L onor a Santa Teresa, a sor Juana Inés de la Cruz y a Doña María de Zayas, se aficionó con tanta pasión a las Letras, que llegó a componer alguna novela ejemplar, y aún hizo un bello libro de rimas, del cual, mientras caminábamos hacia su casa para ponerme en antecedentes de quien era su prima, recitome don Fernando una glosa, que, a decir verdad, me agradaron sobremanera.

Parece que las hizo en vida de su marido a la ocasión de oscurecerle el sentido algunas nieblas de celos.

«Tengo un marido celoso
»que no me deja vivir,
»dese mal que se recela;
»dese mesmo ha de morir.»

Mirad, don Juan, que vos pido
que me deis conversación,
agora que mi marido
tiene puesta la atencion
en vos desde que hais venido.

Pues, ¡qué! ¿no sabeis mi mal?
No hay otro tan fastidioso
siendo una dama formal
hacendosica y cabal,
tengo un marido celoso.

Llegaos, si sois servido
aun más y habladme al oido,
auque solo digais duelos,
que quiero matar de celos
al necio de mi marido.

¿Sabéis vos? ¡Sí no hay paciencia
que le valga a resistir!
A un convento me he de ir
si sigue en su impertinencia,
que no me deja vivir.

Si plugo a Dios al traerme
al mundo de que no fuera
ninguna espantosa fiera,
¿sería bien esconderme
donde ninguno me viera?

¿No cayera en tontería
el prevenir tal cautela?
demás, ¿que a quien cumpliría
el curarle la mania
dese mal que se recela?

Y ello es, don Juan, lo peor,
que habiéndole de adorar,
tal me aburre el pecador,
que recelo que mi amor
se le comience a eclipsar.

...Aunque celoso recele
de mi, no he de consentir
más celos que no es vivir
dese mal que asi le duele,
dese mesmo ha de morir.

. . . . . .

En otro orden, y más por esparcimiento de su estro que porque hubiese motivos ciertos, pues siempre en su matrimonio y fuera de él fué muy honesta, compuso este desenfadado romance, por tocar todas las cuerdas de la lírica, así la seria como la epigramática y la burlesca a la manera del peregrino ingenio don Francisco de Quevedo.

Puso por título a la dicha composición:

Espejo de maridos.

Marido, no me déis voces,
no me déis voces, marido,
mirad que no vos conviene
estar a malas conmigo.
A vos, señor, no vos toca
más de dejar el ovillo
correr, que por más que corra
no hais de quedar sin hilo.
Decidme acá: Desque vos
vinisteis a ser mi *primo*,
¿tuvisteis más que sufrir
el cruento sacrificio
de saber de cuántas pajas
viene a componerse un nido?
¿Qué hais de saber, si vivis
como quien dice en el Limbo?
Cuando llegan de la lonja
a cobrar lo que hais comido
durante el mes, ¿quién responde,
vuestro dinero o el mío?
¿Qué es esto que andáis agora
con vascas y con remilgos,
haciéndome información
de si me empaño o si brillo?

Adviertan, ¡por vida mía!,
si tiene el hombre cinismo.
Come, bebe, goza y triunfa,
y aun tiene pujos de altivo.
Vale Dios, que tengo el genio
muy conforme y no me pico,
que si no ya vos dijera,
¡pesiami!, cuántas son cinco.
¿No hais vergüenza y hais honor?
Dejad aqueso, marido,
y ved que más que la honra
suele engordar el tocino.
Demás, que nadie se queda
con algún pedazo mío,
que aquello que vos queréis
siempre lo halláis en su sitio.
¿Que dicen? Dejad que digan,
si les place a voz en grito,
de Dios dijeron en tiempos,
y era el Señor uno y trino;
conque que digan de vos...
Vos sí que podéis decillos,
que ellos babear las sobras
cuando vos estáis ahito.
. . . . . .
Dadme un beso
y no tornéis hasta después de las cinco,
que hoy viene aquel ginovés
que paga sin decir pío.
. . . . . .
¿No me daréis ya más voces
en vuestra vida, marido?
Mirad que no vos conviene
estar a malas conmigo.

No me quiero detener en los desvanes de la memoria este soneto, para dar una muestra de todas las habilidades literarias de doña Leonor.

Duélese de lo tarde que el amor de su esposo llamó a su corazón

Perdónete el señor padre Cupido
lo tarde que viniste a mi cuidado;
a mí vienes sumiso por cansado,
que es ya mucho, ¡ay de mí!, lo que has corrido.
¿En cuántos corazones has tenido
plaza de rey hasta que a mí has llegado?
¿Cuántos ojos tus trampas han llorado?
¿Cuántos labios los tuyos han prendido?
No tengo celos yo de tu presente,
y sí los tengo de tu vieja historia.
¡Ellos habrán de abrazarme eternamente!
¡Ay! ¡Malhayan las sendas que corriste
en carrera triunfal; diera mi gloria
por borrar de tu vida lo que fuiste!

***

Mis compañeras estaban admiradas de que en los días que pasamos en Segovia, la ciudad más apegada a las tradiciones, no se observase en ella la austeridad de otros puntos.

Allí no se apagaban las luces a las diez de la noche, y era forzoso el irse a la cama; no servían deprisa los criados, ni quitaban los manteles antes de finar la cena, mientras las azafatas españolas de la reina despeinábanla y mudábanle los zapatos por las chinelas, empujándola hacia la alcoba, sin darle tiempo para masticar el último bocado.

No abríanse las ventanas en asomando el sol, sino que dejábase reposar a los durmientes hasta que el sueño estaba holgadamente satisfecho.

Recorriendo aquellas estrechas rúas venían seme a la memoria los tiempos del César, y me parecía ver a aquellos bravos, entre los que hubo un abuelo mío, luchando por la libertad y el honor castellano.

La calle de la Muerte y la Vida es el mas recio párrafo de la historia segoviana; por ella subió arrastra y en cruenta agonía aquel alguacil que trajera órdenes del alcalde de Ronquillo. Segovia entera bajó por ella como un río desbordado que ahogó y deshizo al infelice ministril.

El Acueducto y El Parral son como el alma artística de la ciudad; pero el vecindario tiene en más estima la devoción de su padrona la Virgen de la Fuencisla, cuyo santuario, labrado sobre una peña, está a la entrada de la ciudad conforme se viene de Hantonares.

Antes consentirá un segoviano que no quede piedra sobre piedra de su inmortal *coloso*, que caigan con estrépito las gallardas torres del Alcázar, y que quede yermo el lugar donde se alza la cristiana fundación de don Enrique de Villena, que se haga el más pequeño desprecio a su santa Patrona.

Fuimos a rezar una salve, aunque yo, con las cosas que me hablaba mi Fernando, con muy poco respeto del lugar, tenía perdida la devoción.

La Virgen, si tuvo novio alguna vez, me lo habrá perdonado.

VII

LA DAMA DUENDE, EN MADRID

Desde la salida de Segovia hasta que vuelvo a tomar la pluma hay un gran páramo de tiempo, cerca de dos años, en que no asenté impresión alguna en estos folios.

Fué la causa que el tiempo frio y la lluvia pertinaz que nos acompañó en el viaje hasta llegar a Madrid, hizo mella en mi salud de tal suerte, que me puso tan al borde de la sepultura, que en realidad no era menester más de un soplo para que diera en ella.

El mismo día que entré en la corte hube de guardar cama, que ni siquiera pude presentarme a S. M., y así no pude asistir a las fiestas y ceremonias con que fueron celebrados sus esponsales; pero ello lo sé muy bien por referencia, y lo asentara si no tuviera hecha determinación, tan firme como si fuera voto jurado en los altares, de no escribir más de lo que hayan visto mis ojos.

La enfermedad fué tan grave, que nadie pensó que la pudiese contar.

Yo estaba muy sin vida, y mi don Fernando muy sin alma, tanto que, pensando entrambos que mis andanzas en la Tierra tocaban a su fin, determinamos cuajar el marteio en boda, siquiera fuese en tan último extremo.

Pensámoslo de mañana, y al caer la tarde nos casaba el cura viejecito de la cercana iglesia de Santa María. Apare.e la satisfacción de verme casada con mi bien amado, tuve la de que aquel sacerdote humilde y venerable, como un bienaventurado, fuese el magnifico poeta don Pedro Calderón de la Barca.

Aquí pienso que estuvo el primer momento de mi alivio, pues en cuanto lo supe, toméle la diestra y, besándosela muchas veces como si fuese reliquia, le decía:

—¡Válgame Dios, padre, y quien me adelantara esta ventura!.. ¿Conque es su reverencia quien dijo que la vida es sueño y dió aquella perpetua autoridad y perpetua vida a Pedro Crespo?..

Y el buen viejo me repondía amablemente:

—Vaya, señora, no piense en tales niñerías que no valen la pena ante esta grandeza de los dos amores en que fluctua vuestra merced: el amor de Dios y el del hombre que quiere. Sosiéguese, que yo fío que por bien enamorada os cederá el Señor una larga tregua junto a vuestro esposo...

Y dijo bien el insigne clérigo, que de allí adelante comenzó a ceder la enfermedad, aunque muy despacio y con crueles alternativas, hasta librarme por entero de todo peligro.

Cuando pude abandonar el lecho, la primera noticia que me dieron de las cosas de la corte y que afligían a España entera fué que el viejecito insigne había fallecido durante aquella primavera de 1681.

Con él se perdía la llave del cofrecillo de sándalo en que se encierran las joyas del Teatro hispano.

Mandéle decir veinte misas en el mismo altar en que él celebraba, y como homenaje a su nombre glorioso, hice voto literario de firmar estas páginas con el título de una de sus comedias más famosas: *La dama duende*.

***

La primera tarde que pude salir a orearme tan larga enfermedad, mandóme la Reina un coche de Palacio. Era notable por el lujo y semejábase algo a los que en la corte de Francia se usan.

Era una carroza cerrada, con cristales, de gallarda forma, aunque por extremo pesada y estrepitosa, pues al rodar sobre los picudos guijos de la villa, no pensárase sino que rodaba un tren de artillería.

En el interior había una cornisa dorada, tan grande casi como la de un aposento, y todas las molduras de dentro y de fuera estaban doradas, privilegio que sólo es consentido en España a los embajadores y a los nobles extranjeros.

Las cortinas eran de damasco forrado y el cochero montaba sobre la caballería de mano del tronco delantero. El tiro formábanlo seis orondas mulas, que no las tuviera mejor un arzobispo.

Pregunté cómo aquí no se usaba el ir puesto el cochero en el pescante y

pondióme mi esposo que así era antes y él habíalo conocido, pero que se suprimió en tiempos del Donde Duque, porque su cochero divulgó cierto secreto de Estado que su excelencia iba tratando con el presidente del Consejo de Castilla.

Los tiros son de seda y cuerda, y tan sumamente largos, que los troncos van a notable distancia unos de otros; esto obliga a que en las calles tenga que ir al paso, pero en campo abierto pueden tomar grandísima celeridad.

También esto, que llaman tiros largos, es privilegio nobiliario.

Bajamos al Soto de Manzanares, que es sitio ameno y fresco situado en la margen de este pobre río, sobre el que han llovido más sátiras y vejámenes de los poetas, que aguas de las nubes y de la sierra.

Pude apreciar, y lo dije a mi don Fernando, que Madrid no tenía murallas ni defensas militares, a que me respondió que tampoco habíalas menester, porque sus mejores baluartes eran las cresterías y las sinuosidades de Guadarrama...

Los lugares más concurridos de la devoción cortesana son las iglesias de la Victoria, el Buen Suceso, San Felipe y las Calatravas, aunque bien puede asegurarse que más devotos acuden a las lonjas que a los templos.

Los españoles tienen la devoción por norma, y son en verdad los más desalmados herejes que he visto en parte alguna, pues ni rezan ni asisten con recogimiento a la misa. Con el hecho mecánico de ir, ya entienden que han cumplido con Dios, sino es que sólo hácenlo por fuerza de costumbre.

En las iglesias es donde se conciertan y sostienen los martelos, donde va a verse a Fulanita y murmurar de telas y modas; valen para todo lo contrario que aquello para que fueron instituídas

Muchas mujeres, sin ser religiosas de monasterio, llevan pendiente de la cintura un larguísimo rosario, terminando en un crucifijo que casi arrastra por el suelo. Pasean el devoto adminículo en todo momento: yendo por la calle, cosiendo, jugando, cuando enamoran, cuando murmuran, y aun tengo para mí que cuando pecan en el deleitoso campo de las sábanas.

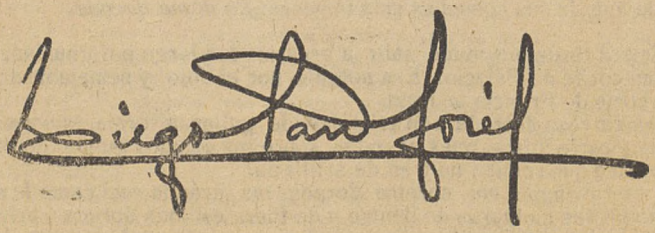
Devoto hay que piensa hacer una muerte y se confiesa de ella con una oportuna anticipación.

La seguridad por acá anda tan mal como en París.

En menos de quince días se han registrado ciento veinticinco asesinatos entre la Puerta del Sol y la Platería La Justicia vale muy poco, porque es medrosa y está mal pagada.

En siendo hora de encender luces es peligrosísimo estar en la calle. Cada vez que a mi marido le anochece fuera de casa me dan angustias de viudez.

Será bien que ponga aquí punto a estas impresiones, porque desde mañana tengo que asistir al servicio de mi señora la Reina; ello me dará motivos para continuar este memorial de manera más interesante; este no es más que como prólogo; pues en lo que haga después reflejaré con cuanta fidelidad me sea posible las intrigas cortesanas, y los sucesos más notables que, sin duda, he de presenciar, pues la poquedad del Rey y la audacia de la Reina madre y su camarilla prometen muy sabrosos capítulos...



Dolor de cabeza neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro.** 3 PESETAS. Pidase en farmacias.

MUEBLES

de lujo y económicos. Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39 Hay guardamuebles.

FARMACIA

de la Viuda de G. LÓPEZ

Plaza de Isabel II, 1.-Madrid

Limpie usted los metales con "AERO" y brillarán más que el oro.

Evita el dolor de muelas.

ALCOHOLATO

ELISIR DENTIFRICO

Perfuma el aliento.

Alcoholera. --- Carmen, 10.

PEÑA

COMPRO Y PAGO MAS QUE NADIE ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE

SAN BERNARDO, 52. T.º 5196-M.

¡EUREKA!

ES EL MEJOR CALZADO

Nicolás M. Rivero, 11

MADRID

VINO DE PEPTONA
ORTEGA

El mejor tónico y nutritivo

FOTOGRAFÍA BIEDMA

Calle de Alcalá, 23.

Teléf. M-730. --- Hay ascensor.

Cabeza sana. La desidia es casi siempre la causa de que haya tanta cabezas calvas, o con placas, o con caspa. Usando el agua **La Flor de O. o**, que limpia y tonifica el cabello, curareis y evitareis sus enfermedades, conservándolo abundante y con su color primitivo. Se vende en las perfumerías y droguerías.

Camisería Fuentes

Novedades en corbatas cuellos y puños.--Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines.---Géneros de punto.--- Pañuelos de seda y algodón.--- Canastillos y equipos.

MANZANILLA ROMANA "ROMULO Y REMO" Evita los purgantes = Quita la bilis. Bote 125. Farmacias, ultramarinos y depósitos de especificos.

R. Martínez Ribera

Fuencarral, 96 y Apodaca, 2

MADRID

PRENSA POPULAR ha puesto también a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

La garra.—Fantasmas.—La espuma del champagne.-El abolengo.-María Victoria. La raza.-Aire de fuera.-Como hormigas. La fuerza del mal.—En cuarto creciente.

Precio: 3 pesetas.

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACION ,MADIRD, CALVO ASENSIO, 3

DESAPARECERA LA PALIDEZ que empobrece su rostro si usa para combatir la Debilidad general, Neurastenia, y todos los desarreglos nerviosos el famoso jarabe de

HIPOFOSFITOS-SALUD

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 498.

KIRIKI

1. Kiriki Bolcheviqui.-2. Kiriki, Aviador.-3. Kiriki, Caníbal.—4. Kiriki, Rey de fieras.-5. Kiriki, Aeronauta. — 6. Kiriki, Apache.-7. Kiriki Detective-8. Kiriki Raffles.-9 Kiriki, Cow-boy.-10. Kiriki, Piel roja.-11. Kirik Pescador.-12. Kiriki Cazador.-13. Kiriki, Nadador.-14. Kiriki, Saltimbanqui.15. Kiriki Boxeador.16. Kiriki, Espiritista.-17. Kiriki, Aladino. 18. Kiriki Desengañado

Colección completa: Precio, 20 céntimos número.

FRINE

1. Arte de no envejecer. — 2. La mujer el hogar. — 3. La belleza de los ojos. — 4. Los perfumes. — 5. Los matrimonios. - 6. La moda según el tipo. — 7. La belleza de las manos. — 8. La belleza de la boca.—9. Los bailes. — 10. Las joyas. -11. Las ropas.-12. Modo de ordenar la casa.- 13, Los peinados. — 14. Educación de las jóvenes.- 15. Las visitas. - 16. La belleza del pie. — 17. La belleza de la línea.

Colección completa: Precio, 15 céntimos número.

ANIMALES

1. León.
2. Mono.
3. Elefante
4. Tigre.
5. Aguila.
6. Cocodrilo.
7. Dromedario.
8. Avestruz.
9. Oso.
10. Ciervo.
11. Canguro.
12. Lobo.
13. Serpiente.
14. Gato montés.
15. Bisonte.
16. Foca.
17. Caballo.
18. Perro.
19. Hipopótamo.
20. Jirafa.
21. Rinoceronte.
22. Tortuga.
23. Rata.
24. Rana.
25. Pingüino.
26. Lagarto.
27. Murciélago.
28. Hormiga.
29. Leopardo.
30. Hiena.
31. Abeja.
32. Ballena.

Colección completa: Precio, 20 céntimos número.

PRENSA POPULAR.— Calvo Asensio, 3.— Madrid.— Apartado 498